

LA PRECARIEDAD PANTALLIZADA: UNIVERSITARIOS, PRECARIADO Y COVID-19

PRECARIOUSNESS SCREENED: UNIVERSITY STUDENTS, THE PRECARIAT AND
COVID-19

Almudena GARCÍA MANSO¹. Universidad Rey Juan Carlos (España)

Ana MARTÍNEZ RODERO². Universidad de Salamanca (España)

Recibido: 15-10-2025

Aceptado: 3-12-2025

Resumen

El texto propone una reflexión sociológica y etnográfica sobre vivencias y narrativas de universitarias y universitarios de la Comunidad de Madrid desde el confinamiento de marzo de 2020 hasta el final del Estado de Alarma, tomando la “vida en pantalla” como condición existencial y política. El argumento central distingue entre “ser precario” (vulnerabilidad material, jurídica, emocional o de seguridad) y “sentirse precario” (identificación con la precariedad sin carencias equivalentes), situando el “precariado” menos como clase social cerrada que como base difusa de la contemporaneidad, atravesada por aceleración, digitalización y control. Metodológicamente, combina el análisis de un hilo de Twitter sobre una campaña institucional con entrevistas en profundidad no estructuradas y dialógicas a 11 estudiantes (febrero-marzo de 2021). En los relatos emergen desigualdades domésticas (espacio, dispositivos, conectividad), deterioro de la experiencia universitaria presencial, ansiedad e infoxicación, edadismo y criminalización de la juventud, además de tensiones en torno a género, sexualidad y futuro laboral.

Palabras clave: precariedad, precariado, juventud universitaria, vida en pantalla, ansiedad

Abstract

¹ E-mail: almudena.manso@urjc.es

² E-mail: amartinezrodero@usal.es

The text proposes a sociological and ethnographic reflection on the experiences and narratives of university students in the Community of Madrid from the confinement of March 2020 until the end of the State of Alarm, taking "life on screen" as an existential and political condition. The central argument distinguishes between "being precarious" (material, legal, emotional or security vulnerability) and "feeling precarious" (identification with precariousness without equivalent shortages), situating the "precariat" less as a closed social class than as a diffuse basis of contemporaneity, traversed by acceleration, digitalization and control. Methodologically, it combines the analysis of a Twitter thread about an institutional campaign with unstructured and dialogic in-depth interviews with 11 students (February-March 2021). In the stories, domestic inequalities emerge (space, devices, connectivity), deterioration of the face-to-face university experience, anxiety and infoxication, ageism and criminalization of youth, as well as tensions around gender, sexuality and future employment.

Keywords: precariousness, precariat, university youth, life on screen, anxiety.

Introducción, contextualización, posicionamiento

Este trabajo no es un análisis al uso, es una reflexión sobre vivencias, situaciones y narraciones de jóvenes universitarios durante el confinamiento hasta el fin del Estado de Alarma. Desde la idea de vida en pantalla, a un confort irreal, el enfado con el edadismo y la criminalización a los jóvenes, la irreverencia y el desdén narcisista, los egoísmos ociosos, los arrepentimientos, la necesidad de ser atendidos, escuchados y la necesidad de una educación no virtual, pues echan de menos la universidad. Entre estos temas o puntos calientes de sus vidas en pandemia nos encontramos la crispación ideológica, los feminismos, su postura frente al medioambiente, las drogas, la ansiedad y las enfermedades mentales, el desempleo, el miedo a la crisis, la inmigración, el racismo, la homofobia, el machismo, la transfobia, la ruptura del normativismo sexual, la necesidad de conocimiento y adultez y el sentimiento de precariedad, algo que une a todas y todos, casi independientemente de su condición subjetiva y económica familiar.

Una reflexión que nos permite ubicarnos en las ideas de precariado, como base de un sistema social, capital ficcional como el valor que ha adquirido nuestras existencia y precariedad, como forma de ser, estar, condición y emoción. Precariedad que, como vemos, adquiere dimensiones de afección diferentes, pero aún siendo algo generalizado, nos estamos refiriendo a cómo en multitud

de ocasiones este término es acogido y asimilado a modo de eslogan publicitario, útil para no salir de la normatividad que supone el precariado y la precariedad.

Aproximarnos a este aspecto, el del precariado como base y la precariedad como distinción subjetiva y material de las personas, nos devuelve una idea heterogénea de ser o sentir la precariedad en la población universitaria.

Porqué centrar nuestra mirada en la población universitaria, en el caso a estudio de la comunidad de Madrid, responde a la relación entre juventud y población de reemplazo más próxima en el mercado laboral, intelectual, científico, político y social, pues el futuro no son estas poblaciones de reemplazo, el futuro como todos los sujetos que habitamos este planeta (Haraway, 2020). Un futuro que tras la crisis de la COVID se ha visto desvelado por una necesidad imperiosa. La emergencia climática no espera.

Este sentir y ser precario, hay que distinguir entre sentirse precario, algo más próximo a la emoción o el sentimiento e identificación con la precariedad, y ser precario o estar en precario que hace referencia a las condiciones y situaciones de alta vulnerabilidad y carencias, sean éstas materiales, sean emocionales o de amparo jurídico y de seguridad.

El sentir precario, algo que en este caso voy a arriesgar y decir que derivaría de la idea de precariado (Standing, 2011), pues esta forma de clase social generalizada, que más que una clase social, la representamos como una base general que da forma a las clases sociales, instituciones y subjetividades que interaccionan y dan lugar al presente social.

Queremos aproximarnos a aquellas vivencias en pandemia que les han hecho ser precarios y aquellas que les han hecho sentirse precarios, así como han vivido y han bordeado diferentes jóvenes, atendiendo al común precariado pero distinguiéndolos por su condición de ser o sentirse precario. Para ello hemos procedido a un análisis de un hilo de twitter sobre una campaña institucional de la Comunidad de Madrid y 6 entrevistas en profundidad abiertas a modo dialógico, hechas a diferentes universitarios de la Comunidad de Madrid.

Las narrativas y discursos del espacio cibernético harán énfasis en la idea que se ha dispuesto sobre los jóvenes como potenciales propagadores del virus. Ese edadismo que ha recaído en jóvenes y ancianos como los dos grupos de edad que se han visto envueltos en las polémicas sobre distancia social, uso de mascarillas, reuniones de ocio, contagiadores y contagiados, etc., la

juventud vista como un peligro y riesgo, vista como una población ausente en la lucha, pero en medio del huracán como potencial “caja de pandora”.

Precariado como base de la sociedad y precario como sujeto

Ese precariado ha calado siguiendo la lógica de la sociedad post fordista y como en su día comentó Standing (2012), las sociedades desde la industrialización han ido traduciendo su trabajo, sus vidas, ideas y fluidos a modo de capital. Este traspaso de esencia o naturaleza de las cosas, el pasar de ser algo propio, cuerpo, tierra o idea, frutos de la realidad y la naturaleza, a algo ajeno y materializado pecuniariamente crea un valor ficticio, que variará claro está, en función de las intenciones, intereses y deseos o necesidades del mismo sistema de sostenerse.

Precariado en standing (2011), toma una forma global y generalizada de conjunto social, ubica al precariado a modo de clase social propia y característica del capitalismo financiero. Una clase en formación y sin una memoria colectiva común, carente del tipo de identidad que caracterizó al proletariado industrial y por ello con una solidaridad en cierta medida frágil, algo que chocará con el carácter de los jóvenes entrevistados, permitiéndonos abrir una línea de debate entre los rasgos de ser o sentirse precario y su sentimiento solidario y de cooperación común.

Hablar de precariado a modo de colectividad, grupo generalizado e incluso sugerir cómo lo hizo standing, que estamos ante una nueva clase social, es generalizar demasiado el concepto de precariedad la precarización es sociológicamente amplia y afecta a grupos con diferentes intereses e incluso Antagónicos. Precario y precariedad, precariado vienen a ser términos que de ser usados lo son de manera arbitraria, a veces de forma victimista y sin ánimo de revisión o crítica al sistema. Un efecto del proceso de precarización del trabajo fue la fragmentación de la estructura de clases ocupacionales y su reconfiguración, en este caso se plantea una nueva estructura de clases que vendría a estar constituida por un total de siete grupos. Una élite de individuos ricos; el salariat o lo que es lo mismo el equivalente a la función pública y trabajos formales estables; los proficians, que vendrían a ser los profesionales técnicos cualificados pero sin seguridad de empleo a pesar de ocupar y poseer altos ingresos; el tradicional proletariado; el precariado constituido por trabajadores que desempeñan puestos de trabajo altamente inseguros; los desempleados que son el Ejército de reserva de mano de obra barata; y el lumpen proletariado conformado por los marginados de la sociedad (Standing 2011: 7-13 y 2012: 589), para Standing el precariado es esa

clase característica del capitalismo financiero una clase sin formación y en formación, carente de una memoria colectiva común y del tipo de identidad que caracterizo al proletariado industrial cómo consecuencia de todo ello es una sociedad frágil que se sustenta en ideas de inseguridad relativismo y voracidad en tiempo. Al igual que hemos dicho antes que el precariado no lo podemos considerar una clase, de ser así considerado es internamente muy variado y heterogéneo incluye a multitud de sujetos sociales, figuras sociales, posiciones de poder que hace de sus componentes un conjunto difícilmente de clasificar. No importa tanto las carestías económicas, la falta de cualificación o el exceso, la experiencia laboral o la ausencia de esta para formar parte del precariado. Integra trabajadores de alta y baja cualificación.

Nosotros tomamos la idea de precariado como una base general de las sociedades en la contemporaneidad, incluyendo a la actual situación social que parece adaptarse a esta concepción del estar en una sociedad, en un sistema y en una estructura de relaciones de poder, donde lo volátil, flexible, incipiente, rápido, in intermitente, inmaterial e interconectado impone unos ritmos de vida acelerados, interconectados y completamente controlados (Zizek, 2020).

Un precariado no como clase social, grupo delimitado, homogéneo o determinable, sino como base de las clases sociales pues los resultados e impactos en el carácter y vida de los sujetos ha sido global, eso sí, como buen hijo del capital y sus desequilibrios y luchas de poder, hará distinciones entre unos y otros individuos en función de su valor como capital, como sujeto-trabajador, como valor ficticio y sujeto de consumo. Es aquí donde entra en juego la precariedad, la falta de oportunidades generada por la exposición a las vulnerabilidades y desacoples que ha generado el paso de un sistema productivo fordista a las sociedades pendulares de la *comodificación* y la *recomodificación* que responden a la ruptura de la cohesión social.

Decir que todo el mundo es precario sería mentir, aunque todos estamos dentro del precariado como sociedad, compartimos y hemos interiorizado sus rasgos como propios, proyectándolos en nuestras actitudes y actividades, en nuestras formas de pensar y en nuestros estilos de vida y maneras sociales -subjetivas e individuales-, calando en la misma cultura -en toda su extensión y significados-, la precariedad es más evidente y está marcada por los grados de vulnerabilidad y accesibilidad a los bienes, además de tener un vínculo directo con la situación social, económica y laboral de las personas, así como su capital -real o ficcional.

El poder parece que también estaría ligado a la precariedad, la capacidad de acción pública y la posición que ocupa el sujeto en el entramado de relaciones de poder, marcando su deriva hacia la precariedad. Es importante tener en cuenta, que precariedad no es algo generalizable y aplicable a todos los sujetos, debemos atenernos a la materialidad ficticia del sujeto en ese momento, el hecho de la existencia de las clases sociales en relación al capital del propio sistema, a su sistema laboral y su posición dentro de un sistema laboral y productivo (Alonso, 2014).

Juventud como sujetos en el precariado: ser o sentirse precario.

Una gran parte de los estudios sobre precariedad se centran en la construcción de determinados sujetos colectivos distinguidos por una significación social proveniente de carencias de determinados atributos sociales, sean en términos de identidad o en términos materiales. De entre estos sujetos precarios a los que se ha dotado de importancia en términos sociales y políticos son la juventud.

Como fenómeno sociológico juventud es una condición social con la cualidad de la edad y generación, determinada, específica y preestablecida por las generaciones anteriores que se manifiesta de diferentes maneras, según el periodo histórico y el momento social dado en el que se concibe, analiza y describe. Juventud como vemos no es un grupo social, no entra dentro de la homogeneidad de grupo, sino que por el contrario se refiere a la condición, dándole la morfología de la heterogeneidad propia y característica del ser joven.

Juventud es un concepto cuya naturaleza es estrictamente social y no natural, nada hay de biológico en las horquillas de edad que cumplen con las expectativas de una biopolítica social (Margulis, 2001). Desde este punto de vista el concepto juventud no está ligado a criterio alguno dado por la edad o el tiempo vivido por las personas, pues tanto la edad como los ciclos de la vida que definen juventud están creados desde la complejidad de significaciones sociales o “sistema de significaciones con que en cada marco institucional se definen las identidades” (Margulis, 2001:42) y que componen el significante social juventud.

Si nos atenemos a la idea de heterogeneidad anteriormente citada tenemos que pasar de juventud a juventudes, sobre todo aludiendo a la idea de identidades y subjetividades. En este sentido juventudes viene a ser esas condiciones que a lo largo de la historia y en un contexto

determinado han sido determinadas por diferentes variables que atraviesan los significados de juventud, variables tales como son la edad, el sexo, el género, la condición social, la generación, la etnia, la raza, las oportunidades socio-económicas individuales y familiares, el espacio geográfico en el que habitan, entre otras que van diseñando una masa no homogénea de sujetos individuales que a su vez comparten ciertos ideales socialmente inscritos.

En todo ello no debemos olvidar que juventudes va ligado a la condición juvenil, ésta se halla inmersa en las relaciones de poder social que configuran a las sociedades. Relaciones que permiten que las sociedades puedan reproducirse como sistemas de relaciones entre individualidades humanas, esto permite que se cumpla la función que toda sociedad estructurada bajo el amparo de las relaciones de poder sea capaz de comprender las intersubjetividades, sus situaciones de anomia y con ello la diferenciación individual que caracteriza a la especie humana (Luhman, 1995). Desde el prisma de la teoría de las relaciones de poder social, la condición juvenil, es un producto sociocultural determinado por el lugar que ocupa cada sujeto de manera individual la jerarquía generacional que las diferentes sociedades humanas constituyen. El significado de la condición juvenil es un producto de las relaciones de poder social que se escenifican entre las generaciones que se van identificando en cada una de las sociedades y época histórica. En este sentido la condición juvenil se forja y se levanta como una generación con la condición de subordinación frente a las generaciones adultas (Brito, 1996).

La condición juvenil y la juventud como concepto se articula, tal y como hemos visto, como individualidades generacionales, homogéneas en algunos aspectos pues comparten valores, cultura, normas e ideales propios de su tiempo, sociedad y cultura, pero heterogéneas en su condición intersubjetiva y subjetiva. Esto nos hace pensar en la juventud como algo lejano a la idea de una mole o masa idéntica y por ello fácilmente abordable. Lejos de esa idea nos encontramos frente a un conjunto poblacional distintivo por generación, pero expuestos a la anomia que supone su condición dentro de la jerarquía y del sistema de relaciones de poder, la condición subordinada a las generaciones anteriores les sitúa en un continuo acto de cuestionamiento, no sólo propio sino sobre las normas y pautas que regulan sus vidas, sus movimientos y sus condiciones dentro de esas jerarquías.

Pero ser joven no es un sinónimo de precariedad, aunque sean unos de los grupos de edad más damnificados en términos de desempleo, bastaría con mirar las cifras de desempleo en España

por edad y género para darnos cuenta que la juventud, sobre todo las mujeres y aquellos que se encuentran en situación de lumpen proletariado (Polensy, 2011) o los jóvenes *denizens* (Standing 2011), aquellos que por su condición de irregular -asilados, desplazados, migrantes irregulares, residentes con visado de estudiante, etc.,- no pueden tener acceso a los derechos y garantías que provee el estatus y condición de ciudadano, dentro del *denizens* nos podemos encontrar población que aunque siendo ciudadano de plenos derechos quedan excluidos de los beneficios y garantías ofrecidas, quedando en una situación liminal que los margina, discrimina y los inserta dentro de una precariedad relativa o absoluta en función del grado de otredad y del alcance del estigma social que lo identifica.

Esto lo traemos a colación debido a que ni todos los universitarios en la comunidad de Madrid (territorio sobre el que nos hemos centrado), se sienten precarios ni se identifican como tal, ejemplo de ello lo encontramos en el trabajo de Gil Rodríguez y Renduelles (2018). Joven y precario no tiene por qué referirse al total de la población universitaria, ni tan siquiera al total poblacional de jóvenes, su sentimiento de pertenencia a una precariedad sea esta relativa, material, emocional, sentimental, cultural, habitacional, etc., es independiente de su grupo de edad y su posible clasificación generacional.

Llega la COVID19: cómo ven los universitarios su relación con ser o sentirse precario.

Para poder reflexionar sobre las relaciones entre el ser precario o sentirse precario en España durante la del periodo que correspondió al Estado de Alarma, optamos por usar la técnica cualitativa como es la entrevista en profundidad no estructurada y dialógica, una técnica que por la lógica estructural que se deduce nos sitúa ante una selección de la muestra intencional y estratégica, aunque el número de informantes se fijó por saturación del sentido de sus discursos (Callejo-Gallego, 2009).

Se les preguntaría sobre cómo han sido sus experiencias durante ese periodo de tiempo en diferentes espacios de sus vidas, en relación a la precariedad vivida, percibida o asimilada como seña de identidad. Es decir, ser precario o sentirse precario. además de analizar si esas experiencias les hacen identificarse con la idea de precario o no, se optó por realizar una aproximación exploratoria basada en la técnica de entrevista en profundidad no estructurada y dialógica. La muestra seleccionada se compuso de un total de 11 estudiantes universitarias y universitarios, 6

mujeres y cinco hombres de edades comprendidas entre los 18 y 24 años, la selección de la muestra fue intencional estratégica y por efecto llamada en grupos de whatsapp.

La entrevista se vertebró entorno a una serie de cuestiones que habían sido temas recurrentes en conversaciones en redes sociales, en las noticias en general -sin distinción del medio- y en conversaciones con población universitaria, durante los 11 meses anteriores. La calidad de la enseñanza online; el estrés; la ansiedad; la soledad; el miedo a contagiarse; el desempleo; la muerte; la depresión; la crisis económica; la política; filomena; el machismo; Internet; series; el sexo; la familia; los amigos; las amigas y la vacuna.

Con el fin de hacer una identificación entre las narrativas sobre el ser o sentirse precario, nos marcamos dos definiciones propias y ajustadas a nuestro objetivo, el ver si de verdad existe conciencia de precariedad, si nuestros jóvenes son o se identifican con lo precario como una base de identidad general sin ser precarios, o se identifican con la precariedad porque la viven. La descripción de la muestra la podemos ver en la siguiente tabla de fichas de control:

ID	Edad	Sexo	Descripción socio económica y familiar
E1	19	Mujer	Padre: consultor informático. Madre: enfermera.
E2	21	Mujer	Padre: gestor de fincas. Madre: administrativo en la empresa familiar.
E3	20	Hombre	Padre: desempleado Madre: profesora de instituto
E4	22	Hombre	Padre: pensionista Madre: empleada doméstica
E5	19	Hombre	Padre: Mecánico Madre: auxiliar de enfermería.
E6	20	Mujer	Padre: comercial de automoción. Madre: auxiliar administrativo (funcionaria).
E7	21	Mujer	Padre: portero de fincas. Madre: cocinera.
E8	23	Mujer	Padre: físico en laboratorio. Madre: desempleada
E9	22	Hombre	Padre: empleado de banca Madre: contable.
E10	19	Mujer	Madre: costurera.
E11	20	Hombre	Padre: conductor de camión. Madre: peluquera.

(Tabla de elaboración propia. Descriptores generales de los entrevistados)

Antes de pasar a la exposición de los resultados debemos de advertir las definiciones de ser precario y sentirse precario. Por “ser precario” se entiende, aquellas personas que se son vulnerables, sea por cuestiones económicas, habitacionales, emocionales o de salud. También vulnerables en cuanto a su seguridad e integridad, sea esta física, psicológica o sexual. Y por “sentirse precario” se comprende aquellas personas que se identifican como precarios, pero no llegan a serlo, se sienten vulnerables, pero no lo son.

Algo parecido a lo que describen Rodríguez y Rendueles (2019), cuando hablan de la precariedad en los jóvenes de clase media que se sienten próximos a las ideas del 15-M, descritos como jóvenes conscientes plenamente de la precariedad de los demás, conocedores del fracaso de la meritocracia saben que ellos también estarán en grados de precariedad bastante inferior a la de sus coetáneos, suelen ser jóvenes con conciencia social, comunal y pro diversidad sexo genérica.

Curiosamente en este sentirse precario están otros perfiles de jóvenes de clase media, también definido en el trabajo anteriormente citado, y que se podría relacionar con la idea del narcisista herido, que ve como su autoestima se diluye por la devaluación de su título académico, o futuro título, diluyéndose a la vez sus esperanzas a futuro, lo cual le hace sentir un inmenso desengaño (Alonso y Fernández Rodríguez, 2013), desengaño que bien puede terminar generando rechazo a aquello que represente lo que ha devaluado su futuro estatus, los jóvenes que están en situaciones reales de vulnerabilidad o los gobiernos incompetentes y las empresas (Rodríguez y Rendueles 2019).

Las entrevistas en profundidad se realizaron durante el mes de febrero y marzo del año 2021, esto nos ubica antes de las elecciones autonómicas del 4 de mayo de la Comunidad de Madrid y antes del fin del Estado de Alarma.

Uno de los espacios sociales por los que queríamos preguntar estaba ligado con su vida en pandemia en la universidad, es decir, inmiscuirnos en su espacio como universitario nos permitiría ver si realmente han sido universitarios de la precariedad siendo precarios, o sintiéndose precarios.

Al sugerir si creían que la universidad enteramente online podría haber afectado a su rutina como estudiante, a la calidad obtenida y recibida, a su rendimiento académico y su motivación, las reacciones fueron comunes entre todas las personas entrevistadas. El merme de la calidad y la

necesidad de estar en la universidad físicamente fueron las narrativas sostenidas más comunes, donde la precariedad de las familias en vivienda, economía y trabajo fueron claves.

No todos los entrevistados contaron con un ordenador personal propio, sobre todo los primeros meses del estado de alarma, así como conexión a internet o una vivienda acondicionada para albergar a todos sus miembros en condiciones de intimidad o comodidad para desarrollar sus actividades formativas.:

“Cuando comenzó todo esto, los primeros días en mi casa era de locos, somos cinco en una casa de 70 metros cuadrados, aunque tengo mi habitación, es tan pequeña que no cabe casi nada, ahí no puedes estar todo el día. A veces estudio desde el salón, donde están mis padres teletrabajando, o desde la cocina, aunque ahí están mis hermanos que son más pequeños y están con las cosas del cole... rendir no rindo, en casa te distraes, no llevas una rutina y no puedes hacer casi nada, menos en una casa donde somos cinco que estamos a la vez conectados intentando hacer cosas...” (E2)

“Sólo teníamos mi ordenador, para mí y mi hermano, más pequeño. Al principio lo llevé fatal porque tenía que seguir las clases con el móvil ...no, no teníamos más que ese ordenador, no podíamos comprar ninguno porque no había dinero, era de locos...ni el colegio nos prestaba uno, al final sí. Luego la conexión, que si mis datos se me acababan tenía que estar pendiente de que mi madre pagará las facturas...” (E10).

Para una gran parte del estudiantado entrevistado la educación online no sustituye la educación presencial, las tecnologías son imprescindibles hoy en día pero eso no significa que la educación tenga que pasar a una modalidad en línea o experimentales b-learning, la presencialidad y sobre todo la accesibilidad a los servicios de la universidad -desde los informales como centro de socialización como los formales a considerar la asistencia a alumnos, la gestión de dudas y la interacción académica:

“Creo que la mitad de los que estábamos conectados a clase, y me quedo corto, no estaban ...las clases online no funcionan para todo, pueden servir para salir del problema, pero no, la universidad presencial y con contacto con los profesores, con los compañeros y con la gente...pero el curso pasado fue peor, ahora -mes de febrero- las cosas han mejorado

bastante, pero en el semestre del pasado curso fue un cachondeo, había profesores que no sabían utilizar la plataforma de video llamadas, otros estaban en sus casas de manera cutre, otros no daban clases directamente. Nos han quitado vida universitaria y calidad” (E 9).

“Queremos volver a la Universidad, necesitamos estar ahí y vivir la universidad... “(E3).

“Es cómodo levantarte y encender el ordenador, ya estás en clase, todo sin ir en metro, ni perder tiempo ni sueño (risas), aunque estés en pijama te conectas y estas en clase, cuando vas pierdes mucho tiempo, pero esto no es vida, no salimos, no nos relacionamos, estamos en casa con el pijama conectados todo el día al ordenador o con el móvil, no, esto no funciona, he roto con mis rutinas, las que me permitían estudiar, divertirme y hacer cosas, ahora sólo estoy en casa, deprimida y sin mis espacios” (E6).

“Prefiero la universidad, en casa no puedo trabajar, ni estudiar ni concentrarme...o no hago nada o no me dejan hacer en casa, ¿Has estudiado alguna vez en el mismo cuarto que tu hermana adolescente?, eso te dice mucho de porqué quiero volver” (E8).

“Sabemos que esto va a dejar huella en una generación de universitarios, a bien no lo sé, pero que no vamos a salir igual de formados eso seguro...peor formación para un peor curro, ya hay bastante paro juvenil, la cosa no pinta muy bien” (E2).

En lo que respecta a la ansiedad esta es un tema recurrente y continuado en todas las narrativas de las conversaciones. Estamos ante una ansiedad acumulada de sus experiencias anteriores, sus posiciones frente a las crisis económicas, los recuerdos de cuando eran niños en plena crisis financiera y los ritmos de vida frenéticos e hiperactivos que llevan instalados en sus vidas desde pequeños. Esa ansiedad fruto de las ideas de éxito y prosperidad propias de las generaciones de sus padres se les ha contagiado, una ansiedad que no es fruto único de estilos de vida deseantes del éxito y la prosperidad, habernos apropiado de los ritmos frenéticos de las tecnologías y sus características y aspectos nos han llevado a un frenetismo en nuestras agendas y un desbordamiento del tiempo, atender a las redes sociales y atender a las vidas supone un desdoblamiento que sobre pasa.

Una ansiedad por haber llegado demasiado tarde a todo, o no poder abarcar todo aquello ante lo que estamos, pero también estamos ante ansiedad por soledad, por necesidades y carencias. En

este caso la ansiedad va más allá de los ritmos de vida y se mete en el terreno de los recursos y su escasez.

Una ansiedad que en ocasiones es contrarrestada con el uso de ansiolíticos y benzodiacepinas, convirtiéndose en un producto más de consumo farmacológico habitual. Esta ansiedad se ha visto incrementada en este periodo de pandemia, el cambio de rutinas, el aislamiento y sobre todo la incertidumbre ante lo que pueda suceder, sea la pérdida o enfermedad de un familiar, el miedo a morir o enfermar, la crisis económica y el desempleo, la crispación política y el malestar ciudadano, así hasta llegar a la incomunicación y la pérdida del contacto con la cotidianidad son, entre otros, los principales aspectos por los que la ansiedad afloró de manera más acusada. Sin entrar a engaños la ansiedad y estrés son rasgos inequívocos de las sociedades que vivimos, no es de extrañar que nuestros jóvenes sufran en sus propias carnes los estragos que los ritmos de vida actuales y que las problemáticas sociales, mermando la calidad de su salud mental:

“Mi ansiedad no se reduce, me estreso estar todo el día entre pantallas, sin salir de casa, sin ver a los demás, es como el día de la marmota (ríe) ...antes ya tenía problemas para relajarme, tenía ansiedad, pero sobre todo en los momentos más tensos, ahora es todo el día, un dolor y peso en el pecho...no me gusta nada este agobio” (E5).

“De vez en cuando tomo una pastilla de las de mi madre, aunque cada vez me encuentro peor, no sé si es por qué, no veo futuro, porque está todo muy jodido o porque ya no me da la vida para todo, el insta me estresa, el whatsapp también, como el twitter...pero” (E7).

“Cómo no vamos a tener ansiedad con la que hay montada, entre lo que nos cuentan, lo que se inventan y lo que nos inventamos ...nadie se entera y todos vivimos con pánico, pero sí, la ansiedad me viene de ver que no tengo futuro, o por lo menos no lo veo” (E1).

“Ansiedad de ser un precario, no llegar a fin de mes y no tener nada de futuro” (E3).

En lo que respecta a cómo consideran el tratamiento que se ha hecho en medios y desde discursos políticos o de opinión sobre la culpabilidad de los jóvenes por sus conductas inapropiadas durante los periodos de mayor apertura, la presencia de fiestas, botellones y altercados por el uso de la mascarilla han sido los detonantes claves en la construcción de la idea de una juventud desviada, insensata y poco solidaria. En estos casos las reacciones estuvieron más

próximas a una exculpación de conductas y la reprobación de las mismas, haciendo mención explícita a la sensación de indefensión ante esos discursos,

“La campaña que la comunidad puso en el Metro antes de las navidades, era de o más estúpida del mundo, nos hacía sentir que éramos los asesinos de nuestros abuelos” (E7).

“Hemos estado escuchando muchos insultos y barbaridades de nuestros políticos, se han pasado...esto nos afecta, claro. Si estábamos mal ahora peor, mira recuerdo cuando los calletanos salían por las calles a quejarse, vivo al lado de Ortega y Gasset y sé lo que te digo, era una vergüenza, una tía de mi madre había muerto por COVID, no pudimos ni ir al entierro ni nada, en casa viendo a los calletanos y demás cómo pasaban de todo” (E6).

“Cuando una del PP llamó terrorista, o algo así, a Pableras, qué fuerte... están todo el día igual, yo no soy nada político pero algunos partidos sólo se dedican a malmeter en un momento en el que no estamos para esto” (E5).

“Cabreada, muy, no veo mucho las noticias, me he saturado de información estos días, la clase política me cabrea y más la que no quiere ver lo mal que lo estamos pasando algunas personas, nosotras aún tenemos para comer, sin muchos lujos pagamos todo, pero tenemos gente que han tenido que ir al barrio a por comida porque no tienen dinero para comprar, o a la parroquia o donde sea, sin curro, sin pasta y sin nada” (E10).

Filomena irrumpió e impactó en el comportamiento de las cotidianidades confinadas del grupo de personas entrevistadas. Nuestros jóvenes tomaron Filomena se tornó en un “acontecimiento” que permitió cierto escape en las rutinas. Algunos, los que menos, se saltaron las medidas de seguridad sanitaria por un paseo en la nieve, mientras que otros optaron por la colaboración y ayuda a los grupos vecinales o cuadrillas de voluntarios que hicieron las labores de limpieza y apertura de veredas en las calles cortadas por la nevada. Un escape que evidenciaba las diferencias sociales y económicas, la proximidad con la precariedad o el sentirse precario y el ser precario quedó retratado en medio del discurso sobre Filomena,

“Cuando vi que no llegaba mi padre del curro y veía la nieve caer, miraba a mi madre y le decía, oye el papá no se habrá quedado por ahí tirado en la M30, que dice twitter que hay mucha peña ahí tirá...pues así era, pero tubo suerte y no se quedó to tirao, pudo venir, mal y con problemas. Pero claro ahora la pasta viene de su curro, mi madre se quedó en ERTE,

no me quejo, que mis colegas, algunos están jodidos, pero de los de no saber si va a comer” (E11).

“¡Buah! No había visto algo así en mi vida, mi vieja decía que ella en el pueblo sí, pero cuando era muy enana. Me las piré corriendo con unos colegas a ver nevar, a jugar con la nieve... fue un momento chulo, sí señor, ahí tó mojado pero contento, nadie pensaba en la pandemia, vamos creo...sí claro, gente mal que con la nevada lo pasó peor, pues seguro, sí la gente de la calle y eso, los que no tienen casa, claro, claro” (E9).

“Pero no se podía salir, la gente se caía y a todo eso el ayuntamiento no mandaba nadie ni nada para despejar la nieve o echar sal, cuando vi en twitter que los de la asociación vecinal del distrito habían creado equipos de limpieza, me apunté. Si la gente está mal sin esto, cómo van a estar ahora, además vivo cerca de un hospital y nos fuimos a limpiar las entradas, salidas y acceso a ambulancias...” (E1).

El machismo y las cuestiones relativas con el feminismo y la igualdad sexo/genérica fueron otros temas tratados y que atravesaban sus discursos, narrativas y vivencias. La precariedad en este caso recalaba en las mujeres y en las personas homosexuales y transexuales, las situaciones de acoso digital, machismo y homofobia fueron comunes en sus vivencias digitales en pandemia, haciendo mella en su salud mental y en su autoestima. En ningún caso nos encontramos con situaciones extremadamente graves o de violencia punible, lo cual no significa que no se hayan dado:

“En clase no es común que lo suelten, pero sí en los grupos de whatsapp, twitter o en el Instagram... ¿soltar el qué?, pues desde burradas tipo vox y la violencia de género o directamente decir gilipolleces en contra del feminismo, de las feministas y de todo dios que defienda a las mujeres, uf que chungo, son unos chungos... llega a no importarte pero ahora en pandemia se pasaban el día mandando tonterías, memes, muchos machistas, homófobos, pornográficos, insultantes, de todo...claro que te sientes mal, agobiada por tanta tontería en tu grupo de clase, con estos no se hace una sociedad mejor y más igualitaria, que son una copia de los cayetanos pero en versión barrio, tú me entiendes...no van a ir más allá de un curro de mierda, como el mío, pero sin principios” (E1)

“Pues mira, claro que te sientes mal, claro que agobia que te envíen mensajes y demás guarradas porno y sexistas, ser mujer en la pandemia y sobre todo ser mujer encerrada en tu

casa o en un piso compartido donde tu intimidad no existe. No es cómodo ni fácil, sobre todo cuando estás todo el día escuchando y leyendo burradas” (E6).

“A ver, no me han acosado directamente, pero en pandemia con tanto tonto suelto los foros y las redes estaban muy crispadas, sí ha habido salidas de tono, claro que te influye y te derrumba ver que, por ser gay o mujer, o trans te estén ...no sé cómo decirte, jodiéndote la vida” (E3).

Queda claro que la información no es un mero dato, traspasa su naturaleza meramente informativa para convertirse en hecho, algo que ya pasaba, pero no con la saturación, la posibilidad multiformato o la instantaneidad con la que suceden los datos y sus consecuencias (García Manso, 2017). La avalancha de interacciones e informaciones y el hecho de vivir en medio de esa avalancha, como es el caso del sujeto actual, que vive entre sus realidades virtuales y las realidades del espacio físico, en este desdoblamiento del sujeto (CITA), encontramos la precariedad por asedio, insulto, amenaza, hostigamiento y hostilidad, común en esta población sólo y cuando la implicación de las personas agraviadas sea directa, con conciencia social e implicación. La solidaridad contra los mensajes violentos suele ser mayor que el ensañamiento, por lo menos así fue trasladado en estas narrativas: “Cuando tocan a una, nos tocan a todas” (E1).

Otro de los aspectos comentados sobre sus estilos de vida y experiencias en pandemia ha sido la omnipresencia de internet. Sus vidas se resumían en multitud de hechos vividos única y exclusivamente entre pantallas, los teléfonos inteligentes se convirtieron en anexos de sus vidas, en ocasiones llegaron a convertirse en la única vía de acceso que les recordara sus vidas antes del Estado de Alarma. No sólo como medio de interacción y continuum de sus vidas sociales, sino como elemento de información y contacto con la realidad, limitando y sesgando demasiado los contenidos. Una pobreza informativa que nada tiene que ver con el acceso, con la tecnología utilizada o con el conocimiento en el uso de la misma, estos jóvenes no son infopobres, pero sí están expuestos a las fake news, la tergiversación y el oportunismo ideológico y la saturación de información y contactos, lo cual conduce a un estado de estrés y ansiedad por sobre exposición.

Aún a sabiendas de esta problemática de las vidas sobre saturadas, se vio incrementado el uso y la exposición a contenidos en internet, sean series, sean redes sociales, compran online, pornografía, música, vídeos, clases o tareas académicas, todo pasaba por la pantalla lo cual degenero en sensaciones de aislamiento, soledad, ansiedad y estrés. Amén de degenerar en una fuerte

dependencia a los usos sociales de internet, en general, acusando de manera más severa cuestiones preocupantes como es el consumo elevado de pornografía, la tergiversación oportunista y panfletaria de la información, las fake news y la desinformación tóxica, así como la exposición continua a noticias que derivan en una especie de psicosis por todo, un pánico entre real y ficticio que provocó reacciones negativas en parte del estudiantado universitario entrevistado,

“Todo el día sonaba el móvil, todo el [respiración contenida] día...o vibraba, que a la mayoría los he silenciado, era horroroso estar casi las 24 horas viendo, escuchando y leyendo información de diferentes fuentes, personas o grupos, hasta las narices y saturada, muy estresada y agobiada, luego no sabías si lo que te decían era una cosa u otra, o te asustabas o te relajabas, eso genera mucha incertidumbre” (E2).

“El agobio de estar contestando a todos los mensajes y estar al tanto de tus grupos, redes...más el correo de la uni, el mío de los gamers, el de las descargas y cuentas...puff más las cosas que leías o escuchabas en la tele o en internet. En el inicio ni me enteraba, sólo de los muertos y de cómo se pegaba esta mierda, luego ya, cuando no sabes que hacer porque te has visto todo lo que tenías pendiente, te has cansado de estar frente al ordenador o con el móvil, pues ...yo qué sé, seguías enganchado...qué si me agobiaba, pues sí, y terminas hasta el gorro de todos los mensajes, pero es nuestra vida y nos comunicamos así, ¿no?” (E4).

“Todo el día con las noticias, con los grupos, con los memes...pero aún así, estando cansada de tanto, seguimos usando las redes, pero oye, te lo juro eh, yo he tenido auténticos momentos de locura, nervios y ansiedad por estar así, con muchas noticias, con eso, con tus colegas ahí, pero te emparanoias con las cosas malas, con los políticos insultándose y con la crisis, la gente en las filas del hambre y demás, sobre todo cuando conoces eso” (E10).

“Harto de tanta noticia...no paraban de decirte lo mismo, pero de otra forma, bueno no era lo mismo claro (ríe), era lo mismo, pero de una manera y de otra, ósea que eran mentiras, eso de las *fake news*, que yo paso, ¡eh!, pero ya no sabes quien miente, te dejan abierto el coco para que te hagas una movida, ni me creo nada. Pero hasta las narices de tanto mensajito y pantallazo, las cañas virtuales, las clases virtuales, todo virtual...” (E9).

En cuanto a sus vivencias sentimentales y sexuales, pudimos comprobar cómo es en este aspecto, en el que se vieron completamente limitados por la situación del distanciamiento social y la falta de intimidad. La restricción en la movilidad, los confinamientos perimetrales y sobre todo

las medidas impuestas en los primeros meses del estado de alerta, mucho más restrictivas, supusieron un impedimento en las vidas sentimentales y sexuales de los jóvenes. Algo que nos puede parecer muy banal como para ser una causa más del hecho de ser precario o de sentirse precario en pandemia, en realidad tubo su peso y su importancia, siendo un tema que se transversaliza con otros aspectos, empeorando la sensación de sentirse precario, además de tener una relación con el ser precario.

Esta última cuestión, la relación entre la sexualidad en pandemia y la precariedad viene dada por el uso de plataformas de micromecenazgo por suscripción a contenidos para adultos en directo, estas plataformas siempre han caído bajo la sospecha de albergar formas de explotación sexual, además de otras cuestiones que no vienen al caso. La popularización de estas plataformas, concretamente Only fans, ha abierto vía para que, ante la precariedad y falta de ingresos, estudiantes hayan optado por ofrecer servicios de sexo en directo. Algo que no podemos corroborar de manera directa, pero sí fue comentado por las personas entrevistadas,

“A ver yo no, pero sí conozco una chica de la uni que ha abierto cuenta en Only Fans, por qué no se lo pregunté, pero era obvio, sus padres en paro y con una hermana adolescente...menudo panorama” (E7).

“Only Fans, lo he utilizado, no está mal, pero entre eso y ver una porno guarra o buena no hay mucho...bueno sí, estas viendo lo que hace ahí en directo y bueno, es más, no sé, pero que mis colegas dicen lo mismo, no se gastan pasta y ya está” (E3).

“Porno vemos siempre (risas), tal vez ahora mucho más, que no mojamos... que no vemos a nadie, que no salimos ni ná” (E4).

“Lo peor fue los primeros meses, si tienes pareja mal, si no tienes peor...emocionalmente muy frustrada por no poder estar con él, ni con nadie claro, pero bueno quedábamos para ir a comprar y luego ya, pues las cosas fueron mejorando y sí, podías quedar...pero lo hemos tenido jodido” (E8).

“El soportar las limitaciones emocionales, sexuales y sentimentales nos ha dejado huella, claro, es algo que nos hace sentirnos mal, más deprimidos y sobre todo olvidados” (E1).

En lo que respecta a sus vivencias y relaciones con la muerte, temor a la propia muerte o a la de familiares y allegados, vimos cómo sus preocupaciones en vez de centrarse en sí mismos,

residían en el miedo a perder un familiar o algún amigo. El discurso sobre la salud y las consecuencias de la COVID19 giraron en torno a las crisis de las residencias de ancianos, los problemas de la COVID persistente y la necesidad de una sanidad más fuerte y pública:

“Mira yo sé que morirme no me iba a morir, bueno eso no lo sé, pero... además creo que se dijo que a nosotros nos afectaba poco, ¿no?, aunque ha muerto gente joven, no son tantos como yayos, puff tengo un colega que perdió a la abuela en una residencia de esas, de las que salían en los telediarios, menudo panorama. No sabían donde estaban las cenizas de la abuela, tampoco se despidieron claro, un marrón. Ese es el problema que las palme alguien así, o que les pegues el bicho, menudo marrón” (E4).

“Imagina que le pegas el virus a tu abu, no quiero pensar, a mí me da algo” (E1).

“Miedo a morirme no, pero a que les pase algo a mi gente sí, por eso no salgo ni hago el tonto como otras personas, mi madre tiene asma” (E10).

Respecto al panorama a futuro que les espera en lo laboral, sanitario, social y medio ambiental tras este periodo ninguna persona de las entrevistadas percibe un futuro laboral positivo, reviven los fantasmas de la crisis pasada en lo que respecta a la precariedad laboral, la falta de ingresos y la imposibilidad de emanciparse pronto. El acceso a la vivienda junto con la percepción de inestabilidad laboral, empleabilidad precaria y desempleo, además de estar frente a un mercado laboral que ha depreciado los salarios de los jóvenes universitarios, junto con el reto de superar la actual crisis, suponen los puntos comunes en su sentir precario.

Es aquí cuando entra en juego la distinción entre el ser precario en el precariado y sentirse precario dentro del precariado, es decir no existe un precariado como clase social, pues las vulnerabilidades emocionales, mentales y sociales están presentes y latentes en todos, sin mencionar que se definen como precarios, “mira todos somos precarios, bueno casi todos, quién no se siente mal porque no tenemos las cosas bien” (E10); “sí claro, los jóvenes somos precarios, hemos hecho los deberes, estudiado y eso, y no, no lo vamos a tener tan fácil como nuestros abus, porque mis padres... bueno, tampoco lo tuvieron tan mal, pero luego con la crisis un poco peor” (E3). Suponen que sus futuros son inciertos y peores que el de sus abuelos o padres, pero no mencionan carencias materiales que los tornan en vulnerables y en claro riesgo de carestía. Su ser precario se torna en un sentirse precario, un sentirse desplazado en el logro de un futuro estatus material y social bueno, al menos igual que el que tuvieron sus abuelos y padres. Este sentirse

precario lo hemos podido ver desplegado en las emociones y sentimientos que emanan sus comentarios sobre las vivencias en pandemia. Son conscientes que como jóvenes arrastran el estigma negativo que supone en un imaginario social contemporáneo ser joven, una idea centrada en el ocio, lo material y el consumo.

La idea de fatalismo choca con lo esperado por sus esfuerzos (Alonso, Fernández Rodríguez & Ibáñez Rojo, 2017), que son comparados con los que tuvieron que hacer sus padres sintiéndose agraviados, pues ellos han seguido la senda marcada por las ideas de meritocracia y triunfalismo que sus padres tenían sobre los resultados o frutos dados por tener estudios superiores. El fin de la meritocracia y del triunfalismo, propio de las generaciones anteriores, se refuerzan y se cronifican en los jóvenes después de la crisis económica del 2008.

Conclusiones

En los últimos años el término precariedad y precariado, este último referente a los sujetos precarios como conjunto o clase social (Standing, 2011), se han hecho populares, comunes y habituales del lenguaje social, académico, económico, político y hasta sanitario. La precariedad descrita como el conjunto de vulnerabilidades surgidas del impacto provocado por las alteraciones habidas en los mercados de trabajo postfordistas, no tiene porqué materializarse en una clase social determinada y homogeneizada, por el contrario, la precariedad es la base de todas las sociedades, clases y condiciones, eso sí, con niveles y diferencias acusadas sobre todo en lo que atañe a la capacidad económica y el prestigio social.

La flexibilidad del tiempo y las tareas que se nos permiten realizar mediante las tecnologías, la digitalización de las realidades y sus usos compartidos, el precariado y las derivas populistas en el orden de lo político y lo ideológico (Standing, 2011), el sentimiento de desbordamiento por aceleración y multiplicación de tareas -algo que hemos podido ver en la irrupción del teletrabajo o la educación digitalizada-, el solapamiento de las esferas de los individuos por el desbordamiento de sus vidas en redes sociales, la infoxicación y sus derivas -crispación, inseguridad, miedo, engaño y riesgo-, el deterioro del planeta y el agotamiento del bienestar pasado, la fragilidad del sistema de servicios común y la falta de una conciencia que refuerce la idea de ese común frente al individualismo y la ética del consumismo.

Hoy en día el trabajo somete el pulso biológico de los cuerpos a ritmos cada vez más acelerados, vemos cómo el trabajo tiene que adaptarse a los ritmos de las tecnologías de la comunicación de la informática de las tecnologías en general a trabajar en redes y cadenas de valor internacionales que son en verdad globales y que no cesan su actividad durante 24 horas. Para una inmensa cantidad de masa de trabajadores algunos precarizados otros no trabajar significa realizar a cualquier hora y en cualquier momento su actividad e incluso desde cualquier parte espacio o lugar.

Esto nos puede recordar a las inmensas jornadas laborales, educativas y de ocio social que desde la COVID-19, han ido incorporándose a un sin fin de hogares españoles. Los cambios en los modos y medios de producción se expanden y permean en las demás esferas del individuo y su sociedad, permean en los estilos de vida, en el ocio y en las cosmovisiones, alterando por completo la idea de tiempo entre otras. Bien es cierto que no podemos relativizar todo a un cambio o alteración en el espacio laboral y productivo como bien apuntaban las primeras tesis del marxismo (Hartmut, 2019), hay factores propios y específicos de la cultura, la historia, la moral religiosa e ideológica del contexto, que han agilizado o frenado los procesos de cambio hacia este paradigma del sujeto pantallizado y en el precariado. Deberíamos analizar contextos lejanos y diferentes como por ejemplo China o Japón cuya ética y comprensión del trabajo, el esfuerzo, lo comunal y subjetivo han marcado las percepciones del sujeto para con el trabajo (Telletxea, 2015), para darnos cuenta de ello. tal vez entonces comprenderemos mejor porqué el precariado en otros contextos se percibe de otra manera, así como se percibe de otra manera el ser o sentirse precario.

En nuestro contexto vemos cómo el teletrabajo y las actividades en remoto fueron las vidas y situaciones, de multitud de esta juventud del precariado, durante esta situación de crisis sanitaria por pandemia.

Desde el Estado de Alerta en adelante hemos pasado a ser algo parecido al sujeto descrito por el grupo que describe el extinguido grupo parálisis permanente (Anta, 2020); también hemos pasado a ser unos héroes y heroínas de todos los tipos -héroes de salón, de opinión y de acto-; unos y “unas tele domestico-mádras-explotadas” y sujetos ansiedad, sujetos esperanza, sujetos miedo, crispación y muerte, pero sobre todo unos sujetos estresados por la hiperactividad del uso que las tecnologías nos marcan en todas nuestras esferas de lo social.

Hemos pasado demasiado tiempo entre pantallas, y eso nos ha marcado, nos hemos convertido en sujetos de un régimen de poder disciplinario (Foucault, 2009) informativo, digital e instantáneo, de marcado carácter consumista y capital. Es la cualidad instantánea se ha amoldado de maravilla con las lógicas del capital post-fordista del vértigo de la modernidad tardía (Young, 2011), un movimiento que nos ha llevado al aceleracionismo neoliberal capital, sin rozar la idea científica del acalacionismo socialista (Avanessian, 2017), y sin atender la herida abierta del recorte presupuestario y los fondos a los servicios básicos y propios de las democracias del estado de bienestar del modelo europeo. Los recortes en educación, en infraestructuras tecnológicas, en ciencia y desarrollo, en sanidad, en medio ambiente, en igualdad sexo/genérica y educación para la ciudadanía, así como en calidad de contenidos en los medios de comunicación públicos, se han hecho notar en la crisis del coronavirus y, como viene a señalar Zizek (2020), la fiesta puede que no esté terminando con la vacuna, la sociedad se ha herido, estamos ante un cambio social que no deja indemne a nadie.

Nuestras y nuestros jóvenes universitarios forman parte de ese inmenso precariado, esa base que recubre todo lo social, sin llegar a ser una clase social, tal y como Standing supone (2011). Una manera de englobar el total de los estados del sujeto frente a un capital que lo devora, un capital tecnológico y virtual que deglute todo, lo ha convertido en información y datos, en Bytes de información que, mediante el prosumo (Toffler & Toffler, 2006; Zafra, 2013), en este contexto se convierte en valor ficción capital. Nuestros actos en internet son prosumo puro, producidos por los usuarios para ser consumidos por ellos mismos.

Ahora bien, el ser precario no es algo general si lo percibimos como estados de vulnerabilidad por carencias de los elementos fundamentales para una vida digna (Standing, 2011), pero sentirse precario o identificarse como tal no siempre se liga con esas carencias, al menos con las carencias materiales, económicas, habitacionales y laborales. La precariedad de hoy en día va cambiando, manteniendo sus rasgos, pero incluyendo otros que se derivan de los cambios e innovaciones tras la deriva a estos sistemas capitales de lo virtual, digital y del prosumo de valor ficticio.

Las carencias sociales que hemos vivido en confinamiento, la sociabilidad digital, el teletrabajo, la tele educación y la supeditación de nuestras realidades a la incertidumbre y

volatilidad que nos supone crear unas realidades en base a informaciones, ruidos comunicativos o memes, nos han hecho más vulnerables a un estrés digital y estrés emocional.

El precariado en nuestros informantes apuntaba a su situación como jóvenes, futuros profesionales, vitales y sociales, frente a un periodo de cambios que han alterado la esencia misma del tiempo, y cómo este ha alterado el devenir en términos generales. Tiempo instantáneo, tiempo interactivo en tiempo real, sin momento de latencia ni demora, un frenetismo que altera hasta nuestras maneras de percibir el yo frente al otro o los otros, que modifica la percepción del momento y de la realidad, alejada a la realidad, a la veracidad o a lo auténtico, pues la certeza ha quedado a merced de las redes de opinión en estas sociedades del murmullo y sus ecos virtuales.

Nada de lo que vemos y sentimos está adherida a un referente temporal cierto, podemos contactar en cualquier momento, ver y opinar, trabajar y estudiar, consumir y producir, un desdoblamiento del sujeto que lo desborda.

Si a esta manera de percibirnos como sujetos en el precariado, ese contexto relativo, incierto, cambiante y frenético, le sumamos el peso del confinamiento y las restricciones en lo social, laboral y emocional, nuestra referencia es la de un estrés y una ansiedad que se va cronificando y tornándose en carencia de estabilidad, lo cual no deja lugar a dudas que la vulnerabilidad, a este respecto, se está apropiando de nuestras vidas, estemos en el grado del ser o sentirse precario.

La precariedad se siente más allá de lo material, en las narrativas analizadas uno de los hilos conductores venía a ser la ansiedad, el estrés, el miedo, la incertidumbre, la crispación, etc., estados emocionales que han ido narrando sus vivencias y sus experiencias en las esferas de lo académico, lo social, lo familiar, lo político, lo sexual ... esferas donde el sentirse precario podía tornar en ser precario, dejando en el aire la duda más que razonable sobre si lo precario se está balanceando espacios sociales que van más allá de su futuro y presente laboral, abriendo el melón de una flaca salud mental, problemas de socialización y de conciliación entre sus vidas reales y sus actividades virtuales.

Bibliografía

- Alonso, L.E., Fernández Rodríguez, C. J. & Ibáñez Rojo, R. (2017). Juventud y percepciones de la crisis: precarización laboral, clases medias y nueva política. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 37, 155-178.
- Avanessian, A (ed). (2017). *Aceleracionismo*. Buenos Aires: Caja Negra
- Barbier, J. C., 2005, “Précarité, une catégorie française à l’épreuve de la com-paraison internationale”, *Revue Française de Sociologie*, 46 (2): 351-371
- Brito Lemus, Roberto, 1996, “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la construcción de un nuevo paradigma de la juventud”, *Jóvenes*, México, cuarta época, año 1, núm. 1, jul.sep., pp. 24-33.
- Callejo, Gallego, A. (2009), *Introducción a las técnicas de investigación social*. Madrid: Ramon Areces.
- Castel, R. (2000). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Barcelona, Paidós.
- Colby, S.L; Ortman, J.M. (2014). *The Baby Boom Cohort in the United States: 2012 to 20160*. Current population Reports, May: 25-114.
- Echaves, M; Gómez Vilar, A; Ruido, A (ed). (2019). *Working dead. Escenarios del Postrabajo*. Barcelona: Ayuntamiento de Barcelona.
- Feixa, Carles. (2006). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Foucault, M. (2009). *El nacimiento de la biopolítica*. Madrid: Akal.
- Han, B-C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Hartmut, R. (2019). *Resonancia. Una Sociología de la relación con el mundo*. Madrid: Katz.
- Howe, N; Strauss, W. (2000). *Millennials Rising: The next great generation*. Vitange Books: New York.
- Leccardi, C; Feixa, C. (2011). El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. *Ultima Década*, 34 (19): 11-32. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22362011000100002>
- Luhmann, Niklas, 1995, *Poder*, Barcelona, Anthropos

- Margulis, Mario, 2001, “Juventud: una aproximación conceptual”, en: Solum Donas Burack, comp., *Adolescencia y juventud en América Latina*, Cartago, Libro Universitario Regional, pp. 41-56.
- Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, Gobierno de España. (2019). Informe Datos y cifras del sistema universitario español. Publicación 2018-2019. Madrid: Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. <https://www.ciencia.gob.es/stfls/MICINN/Universidades/Ficheros/Estadisticas/datos-y-cifras-SUE-2018-19.pdf>
- Moreno, L., 2000, *Ciudadanos Precarios. La ‘última red’ de protección social*, Barcelona, Ariel
- Paugam, S. (1993). *La société française et ses pauvres*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Pitrou, A., 1978, *Vivre sans famille*, Privat, Toulouse
- Riesman, D. (1981) *La muchedumbre solitaria*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Sala i Cullerell, J. (2020). *Generació Tap. L’herència enverinada dels fills de la Transició*, Barcelona: Ara Llibres.
- Schnapper, D., & Villac, M. (1989). Rapport à l’emploi, protection sociale et statuts sociaux. *Revue française de sociologie*, 3-29
- Schnapper, D., 1989, “Rapport à l’emploi, protections sociales et statuts sociaux” *Revue Française de Sociologie*, 30 (1): 2-29.
- Sennet, R. (2006). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- Spinger, M. (2009). *Introduction to Syndemics: a critical systems approach to public and community health*. San Francisco: Jossey-Brass.
- Spivak, G.C. (2011). *¿Se puede hablar del subalterno?*, Buenos Aires: Cuenco de plata.
- Spivak, G.C. (2019) *Una educación estética en la era de la globalización*. México: Siglo XXI.
- Tejerina, B et al, (2013). *Crisis y precariedad*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Telletxea Gago, J. *El capitalismo y las religiones de China: revisión de los postulados de Max Weber en la China del nuevo siglo*. (Tesis Doctoral). Universidad Pública de Navarra. Pamplona.

- Tiqun (2012). Primeros materiales para una teoría de la Jovencita: Seguido de “Hombres-máquina: modo de empleo”. Madrid: Antonio machado
- Toffler, A; Toffler, H. (2006). La revolución de la riqueza. Barcelona: Debate.
- Tsai, A.C; Mendenhall, E; Trostle, J.A; Kawac, I. (2017). “Co occurring epidemics, syndemics, and population health”, *Lancet*, 389 (10072): 978-82.
- Zafra, R. (2013). (h)adas: Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean. Madrid: Páginas de espuma.
- Zafra, R. (2017). El entusiasmo. Barcelona: Anagrama.
- Zizek, S. (2020). Pandemia. La COVID-19 estremece el mundo. Barcelona: Anagrama.